CAPÍTULO XXII

ENTREVISTA PARA LA REVISTA *ÉPOCA**

— ¿Por qué fracasó el comunismo como modelo económico?

— Al principio, muchos pensaron que la falta de incentivos era la clave: el mero entusiasmo o el espíritu de colaboración no podían superar el interés personal y el egoísmo que está presente en el ser humano. Por eso los dirigentes comunistas hablaban de la necesidad y hasta de la moralidad de crear un *hombre nuevo*. Pero con ser cierto, eso ni siquiera fue lo más importante. Ya en los años 20, Mises demostró teóricamente —en su libro *Socialismo*— que ni siquiera con ángeles hubiera podido funcionar una economía centralizada. En ningún caso un órgano de dirección hubiera podido hacerse con toda la información sobre las necesidades y demandas de los individuos que componen una sociedad. Todos los días, cada uno de nosotros toma una serie de pequeñas decisiones, desde el periódico que compramos hasta lo que nos gusta desayunar, en las cuales seguimos criterios personales, que ningún jerarca es capaz de integrar. No se trata sólo de una mera capacidad de conseguir y gestionar información: es que no se trata de una información dada, estática, sino que se crea nueva de continuo, está viva. Nadie puede, ni debe, tomar esas decisiones en lugar de cada uno.

— ¿Quiere decir con ello que ninguna planificación puede ajustarse a las demandas de la sociedad, que no tienen sentido las políticas económicas «científicas»?

— Eso es. Y vale no sólo para el modelo socialista, más o menos marxista, sino también para el modelo neoclásico. Todavía recuerdo mis primeras

* Entrevista publicada en la revista *Época*, número 603, del 16 de septiembre de 1996, pp. 40-73. La entrevista la efectuó el periodista Miguel Platón.

clases de economía, cuando el profesor empezaba su clase diciendo: *Supongamos que toda la información está dada...* Entonces los alumnos no nos dábamos cuenta de que el punto de partida de lo que se nos enseñaba estaba totalmente viciado. No es posible establecer el conjunto de las demandas de la sociedad, porque éstas se encuentran sujetas a un continuo cambio, en función de las expectativas que el individuo tiene en cada momento.

— Sin embargo, aunque sea económicamente imperfecto, muchas personas apoyan un modelo socialista por consideraciones morales: persigue un objetivo de igualdad social que constituye la aspiración de gran parte de los individuos. ¿No puede esta finalidad compensar una menor eficiencia?

-No, porque ese concepto incorpora un doble error que tiene consecuencias morales perversas. El primero es su concepción *cientista*, que pretende aplicar a la acción humana un método ajeno concebido para las ciencias naturales y la física. Si lo que se utiliza es un criterio de *racionalidad* para conseguir resultados *óptimos*, como ocurre en la ingeniería científica, entonces pierden relevancia los principios éticos como guías del comportamiento humano. Los valores de verdad, lealtad, compromiso, respeto..., en definitiva los conceptos del bien y del mal, quedan condicionados a la eficacia. Luego está el *consecuencialismo*, que consiste en supeditar los métodos a un objetivo estimado beneficioso. Como el fin que se persigue es muy elevado, está justificado todo lo que se haga para conseguirlo. También con ese criterio no hay espacio para los criterios morales. Se fija el objetivo de la sociedad igualitaria, por ejemplo, y en aras de ello lo *moral* es remover los obstáculos que lo impidan, aunque sea preciso vulnerar derechos y principios.

— ¿Pero no sería posible evitar medios ilícitos, sin perder de vista el objetivo?

— Lo que ocurre es que el método erróneo lo corrompe todo, no sólo la política económica. Piense usted lo que ocurrió, por ejemplo, con el GAL, que es un caso típico de *fatal arrogancia*, como reprochaba Hayek al socialismo. ¿Por qué se tomó la decisión de poner en marcha la *guerra sucia* contra ETA? Pues porque quienes lo hicieron pensaban sólo en criterios de utilidad. Suponían que sería eficaz para combatir el terrorismo y subordinaron a este objetivo los medios que estaban dispuestos a emplear. Nadie tuvo en cuenta que existen unos principios, en virtud de los cuales determinadas acciones nunca deben acometerse, ni siquiera

aunque se persiga un efecto benéfico. Pero además es que al ponerlo en marcha supusieron que disponían de toda la información necesaria, que podrían controlar ciertos actos a pesar de constituir una grave violación del orden moral. Bien se ha visto que no ha sido así. La vulneración de los principios, como suele pasar, ha generado unos efectos perversos imprevisibles: los daños causados por la propia actuación del GAL, la corrupción derivada, el retraso en la lucha antiterrorista, los políticos en prisión, etc. Este es el problema de las concepciones *cientistas*, de quienes piensan que son lo suficientemente listos como para saber o controlar todas las consecuencias. La naturaleza y la experiencia humanas nos dicen que lo verdadero es justo lo contrario. Por esa razón fracasan las *ingenierías sociales* que invaden lo que por esencia forma parte de la libre decisión de las personas. Esto era lo que caracterizaba al socialismo *real*, y por eso estaba condenado al fracaso.

— Lo que no impide que todavía tenga seguidores y que en versiones menos agresivas consiga el suficiente respaldo social para gobernar. ¿Cómo explica usted eso?

— Por la natural imperfección del ser humano, así que en cualquiera de sus formas tendremos socialismo para rato, pues es consustancial a la arrogancia humana. La tentación del socialismo es la tentación del hombre que quiere ser como Dios. La tentación de Adán y Eva en el Paraíso fue la promesa de que, al comer del árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, es decir, al llevar a cabo la transgresión, «serían como dioses». Lo más importante del hombre es ser consciente de su limitación y para ello es necesario lo que yo denomino el *piloto automático* de la ética. Saber que hay un norte, unos principios, es lo que nos permite corregir el rumbo cuando nos desviamos. Siempre nos estaremos desviando, porque no somos perfectos.

— A tenor de sus planteamientos, y por retomar el asunto del GAL, supongo que no comparte la decisión del Gobierno Aznar de no entregar a la Justicia los documentos secretos que parecen involucrar al gabinete anterior.

— La única explicación coherente que han ofrecido es que, con esta decisión, quieren pasar la página y olvidar un asunto engorroso. De nuevo, el Gobierno ha optado por la solución que estima más eficiente y al servicio de sus objetivos políticos, sin reparar en la moralidad o inmoralidad de la misma. Es un argumento *consecuencialista*, puesto que supone

poder controlar los efectos y puede ocurrir que sea así, o que no. El tiempo lo dirá. Lo único que funciona siempre es respetar los principios, que en este caso son los del Estado de Derecho. Aunque a mí, y sin salir de la cuestión, lo que más me preocupa es el Proyecto de Ley de Secretos Oficiales.

— *¿No le parece que es la primera consecuencia negativa de la decisión de no colaborar con la Justicia?*

— Lo que me parece más peligroso es que se permita declarar secreto prácticamente casi todo, puesto que está contemplado incluso el buen funcionamiento de las instituciones, sin que en ninguna parte del proyecto conste la salvedad de que la declaración de secreto en ningún caso servirá para que un delito quede impune. Por esta razón, el Proyecto no responde a los elementos esenciales del Estado de Derecho.

— *El Estado vulnera sus propias normas de comportamiento...*

— No sólo eso. En mi opinión, el peor delito es el cometido por agentes de la autoridad contra el Estado de Derecho, más grave aún que los realizados por los terroristas. No olvidemos que la Guerra Civil fue espoleada por un crimen de Estado: el asesinato de un líder parlamentario, Calvo Sotelo, por agentes de policía. En esos casos es cuando todo principio de seguridad cae por tierra. Ahora quieren pasar página, pero con una Ley de Secretos Oficiales que, al no corregir actuaciones anteriores, permite que mañana pueda haber un nuevo GAL.

— *¿Comparte usted el criterio de que el respeto al Estado de Derecho es uno de los requisitos básicos para el buen funcionamiento de la Economía?*

— Es una parte del necesario respeto a los principios. A la larga, no hay nada más eficiente que la moral. En inglés hay un dicho: *The best policy is honesty* (La mejor política es la honradez). No hay oposición entre eficiencia y justicia. Todo lo contrario: sólo lo justo es eficiente. Justicia y eficiencia son las dos caras de la misma moneda.

— *¿Y qué ocurre cuando es la inmoralidad lo que prevalece?*

— A largo plazo no gana nunca. A corto plazo, nunca debe admitirse. A mí me preocupan mucho quienes dicen que el problema del GAL es

que se hizo tan mal que los descubrieron. Estoy completamente en desacuerdo: si no se hubieran encontrado pruebas que permitiesen la investigación judicial, la situación hubiera sido aún mucho más grave. No sólo se habría producido un grave daño, sino que además permanecería oculto, habría quedado impune y todo ello sería un estímulo para repetirlo.

— Sin duda hay manipulación interesada de la opinión acerca de la bondad de las políticas intervencionistas, que permiten a los políticos aumentar su poder, pero ¿no es cierto que la economía libre no ha sido capaz de satisfacer las expectativas de igualdad social, o por lo menos de cobertura de necesidades mínimas?

— El problema del socialismo no es su proclamado anhelo de igualdad, o de ocuparse de la suerte de las personas con menos fortuna, sino el uso de la coacción para alcanzar sus objetivos igualitarios. Siempre es inmoral el empleo de la coacción, por no hablar del uso de la violencia.

— ¿Y no ocurriría que sin esa coacción habría personas que no tendrían cubiertas necesidades tan básicas como la atención médica, con lo que se produciría un desamparo que la sociedad contemporánea estima inaceptable?

-Si la coacción no existiera, florecerían los anhelos de solidaridad que también forman parte de la naturaleza humana, por lo cual dichas necesidades podrían satisfacerse perfectamente en una sociedad libre. En este sentido, el estado intervencionista es corruptor: elimina la solidaridad. En lugar de ayudar por amor, hay un funcionario con un horario, que incluso puede llegar a ver al usuario del servicio público como alguien molesto. Si se diera un margen mayor para la espontaneidad del individuo todos seríamos más creativos y el proceso de creatividad no está en contra de la igualdad. Sería el mejor sistema para detectar situaciones de desigualdad y corregirlas. La Administración del Estado, en cambio, es propicia a las situaciones de fraude, debido a que carece de información de primera mano. La gente se corrompe. El socialismo, aunque sea democrático, adormece a la población. El llamado Estado del Bienestar es socialismo en grado menor, pero el Estado absorbe en torno a la mitad del PIB. Hay más oxígeno que en el socialismo totalitario, pero ese 50 por 100 pesa como una losa de mármol. Incluso pequeñas reformas, como las anunciadas por el Gobierno del PP, cuestan mucho.

— *¿Qué le parece la política económica de este Gobierno?*

— Su centro de gravedad camina hacia la libertad, pero los gobernantes atienden a los estados de opinión, por lo que necesitan que ésta cambie. Tampoco hay que ser demasiado pesimistas: si comparamos la situación actual con la que había hace 30 años, la sociedad española es ahora mucho más liberal. Pero los políticos tienen un margen de maniobra y pueden siempre adoptar las alternativas más liberales, que además ahorrarían mucho daño a España. Confío en que algunos de los nuevos gobernantes tengan el valor de ir en la buena dirección. El país se lo agradecería.